

OCHO SIGLOS DE VISITAS REALES

El rey Juan Carlos I acostumbra a comunicar sus visitas a las provincias con muy poca antelación, apenas cinco o seis días antes. No se sabe, por tanto, cuando escribimos estas líneas, cuál es la fecha exacta de la visita de los monarcas a Cuenca. Posiblemente, durante la segunda quincena de febrero. Desde luego, el Ayuntamiento de Cuenca se ha apresurado a reforzar el balcón principal de las Casas Consistoriales, que da a la Plaza Mayor y desde el que, de acuerdo con su costumbre, el rey hablará al pueblo. Del resto

del programa tampoco se conoce absolutamente nada. Entra dentro de lo lógico que el Jefe del Estado visite Tarancón, como primera ciudad de la provincia, luego de la capital. Y nada más se puede aventurar. Ante la imposibilidad de mirar hacia delante, hemos echado la vista atrás. El trabajo que sigue recoge la historia de las relaciones entre Cuenca y la monarquía, desde que Alfonso VIII entró victorioso en la ciudad hasta que Alfonso XIII se acercó a ella por última vez. Cincuenta años después, llega su nieto.

Esta ha sido siempre tierra de lealtades y silencios, magra en rebeldías y estas, si aceptamos la teoría de algunos historiadores, anteriores a la Historia de España ya que, según afirman, nació con la Edad Media. La gran rebeldía de las gentes del costillón ibérico se ahogó en la Celtiberia cuando la romanización y luego, cuando nacía Kuvencia, nuestras gentes alzadas frente al Califato fueron arrastradas por la Taifa de Toledo, una de las tres minadoras del esplendor de Córdoba. Pare Ud. de contar porque la noche de San Lucas, ya en el siglo XVI, fue la frontera de la escasa oposición que los comuneros conquenses apenas pudieron pasear desde la Ciudad a Palomera, cuando la España del Emperador Carlos mandaba en la Historia Universal. Esta es tierra presta al vasallaje, dominada por la nobleza cuando era sosten de reyes, y junto a los reyes en los días de despecho: "muy noble y muy leal, fidelísima y noble ciudad", dice la leyenda del blasón conseguido hace, justamente, ochocientos años. Enrique IV fue el primero en advertir la nobleza y lealtad de Cuenca, cuando moría el año 1465, con la confirmación, veinte años y un día después, por parte de Fernando El Católico; Felipe V, el entrador de la monarquía borbónica, el 12 de diciembre de 1710 reconfirma, además, la fidelidad y advertía una doble nobleza: los conquenses habían

sufrido lo suyo durante los dos meses que anduvieron por aquí los soldados del general Willighan, decididos a impedir la instauración de la Casa de Borbón. El mismo rey la llamó Heroica en 1727 y, por fin, la regencia de Alfonso XII (1843) le concedió el apelativo de Impertérrita.

Tres siglos "privilegiados"

Fue una auténtica luna de miel. Los arrumacos entre Cuenca y la Corona de Castilla están reflejados en la serie de privilegios, prebendas, concesiones, mercedes, encomiendas, etc., custodiados en los archivos, garantizan-



LA SERRANIA, EL GRAN REGALO DEL CONQUISTADOR

do una hidalguía de parca rentabilidad, que al fin y al cabo está más de acuerdo con la semántica de los tiempos que corren. Fuimos moneda mora con la dote de Zaida, si es que ocurrió el amor impuro que dicen, y la leyenda nos trajo a Cuenca, para pelear en sus muros, al despechado Alfonso VI. "Caja de Pandora" de Alfonso "El Bueno" quien se intituló en "sus provisiones y despachos Rey de Cuenca" mientras vivió aquí durante un año, a raíz de la reconquista en 1177; y creó Diócesis a costa de las de Valeria y Ercávica, poniendo de prelado a Juan Yañez, del linaje del Cid, por ser nieto de Alvar Fañez; dejó un Fuero, extenso y medio centenar de veces copiado para otras tierras, que llegó a papel mojado cuando Montalvo edificó su "Ordenamiento", en 1484, para frenar privilegios de nobleza y comunidades.

Alfonso "El Sabio", parece que se dejó prendado su corazón en los ojos garzos de una doncella de Cuenca, cuando le arrojaba flores al Rey desde una recatada ventana, y dicen que hubo amores, y sinsabores que curó la Virgen del Sagrario, dejándole una Cantiga. Sus recuerdos, debieron refrescar la cálida noche del sábado 11 de agosto de 1268, en Sevilla, cuando confirmó "las franquezas que solían haber en el so fuero que antes habían..." en el de Cuenca, y mandó "que todo vecino de Cuenca que non